

vos; que mientras mas sólidos sean vuestros adelantos, con mayor intensidad obrará en vuestro espíritu el amargo sentimiento de vuestra indignidad y vuestra miseria; pero sé tambien que mil deliciosas emociones, provenientes de vuestra misma virtud, os afectarán sin revelaros su origen, que mientras mas lejos estéis de creeros virtuosa, mas disfrutaréis de los suaves transportes de la virtud; que la humildad verdadera no es turbulenta y borrascosa, y que siempre abrazada con la esperanza divina, cerca por todas partes el espíritu, digámoslo así, para que no vengan á invadirle los tormentos crueles de una perpetua desolacion. ¡Y quién podrá encarecer bastantemente la fruicion dulcísima que siente el espíritu á la presencia de esas grandes verdades que el mundo repite á cada paso sin conocerlas, y que el alma religiosa conoce y comprende sin otro afán, sin mas artificio, que una atencion dócil y una razon humilde? „A vosotros se os ha concedido, decia Nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos, el entender el misterio del reino de Dios, . . . mientras á los demas en parábolas; de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan.”<sup>1</sup> ¡Y no puedo yo, hermanas mias, haceros esta santa felicitacion á vosotras que por la naturaleza de vuestro estado sois llamadas á conocer de un modo mas perfecto el gran misterio del reino de Dios? ¿No puedo apoyarme yo en los oráculos augustos é infalibles del Evangelio, para hacer esta promesa misma á la tierna vírgen que acaba de ofrecerse á Jesucristo? Abrid para consuelo vuestro vosotras todas, vírgenes del Señor, abrid ese libro siempre fecundo donde repasamos con cierta especie de veneracion y encanto las memorias siempre ilustres de la virtud ignorada y oscura. ¡Cuán-

(1) Math. XIII, 12, et 13.

do acabaria yo, si me propusiese enumerar uno por uno esos héroes de la virtud que sin talentos claros, sin despejadas potencias, sin estudios algunos, y aun sin educacion comun, han llegado á ser el pasmo de los claustros, la humillacion de los Doctores y los luminares eternos de la ciencia divina? Reconócelo á tu pesar, mundo sabio y orgulloso, que crees haber circunscrito el poder de la inteligencia cuando analizas el fango, fijas las leyes del Universo, compones á tu placer la política de las naciones, aumentas el catálogo de los descubrimientos y la pompa de las artes: nada sabes, nada comprendes, nada descubres que pueda merecer el nombre de útil, sólido ni grande, cuando ignoras lo único necesario, el misterio sublime del reino de Dios. Niño balbuciente, repites apenas lo que oyes, y por una especie de mecanismo; si no es que metiendo tu entendimiento á donde no penetra tu corazon, declames con enfática pompa lo que no quieres hacer servir á tu conducta; y semejante á la campana situada en las torres de nuestros templos, llevas el estruendo á todas partes sin apercibirte de cosa alguna.

Católicos, el curso natural de mis ideas y mis sentimientos me ha colocado ya en frente del mas poderoso adversario que tiene en la Iglesia militante esta escuela divina de virtud y de santidad. Paso, pues, á considerar la vida monástica en sus relaciones mas directas y universales con el mundo.

### TERCERA PARTE.

Carácter propio del mundo ha sido, hermanos míos, en todos los siglos rodear y desconocer al mismo tiempo á

esas almas generosas y grandes que tienden á mejorar su condicion intelectual y moral difundiendo las luces, predicando las máximas y presentando los ejemplos que á tan sublime objeto se dirigen. ¿Qué otra cosa nos dicen esas perdurables vicisitudes de la virtud en la tierra, esa condicion oscura y olvidada en que los hombres dejan pasar las vidas mas edificantes, esa ceguera obstinada con que una ingratitud indomable desconoce y aun combate al bienhechor? Abrid, Señores, las páginas de la historia; repasad los anales de la inocencia y de la virtud; estudiad al mismo tiempo ese movimiento irregular, vário y tumultuoso de las opiniones humanas; y no veréis por todas partes sino la realidad tristísima de la observacion que acabo de haceros.

El mas profundo y sublime de todos los Evangelistas, al tocar el gran misterio de la Encarnacion y despues de haber consagrado un homenaje á la generacion eterna del Verbo, no pudo hablar de Jesus, sin poner en contraste la inmensidad y poder de su amor con la ceguera é ingratitud de los hombres. *Estaba en el mundo, dice, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció.*

Y esto que sucedió con Jesucristo, hermanos míos, fué ya desde entónces una solemne profecía de lo que habia de acontecer con sus discípulos y sus imitadores en el resto de los siglos. Estos han tenido siempre una triple mision en la tierra, la de ilustrar al mundo con su doctrina, la de edificar al mundo con el ejemplo, la de salvar al mundo, digámoslo así, de los últimos estragos por la oracion y por la penitencia: mision que no dejan de cumplir nunca, sin embargo de los obstáculos que el mismo mundo les presenta, sin embargo de su

pasmosa ceguera, y á pesar de su no interrumpida contradiccion.

Mas estas escuelas de Jesucristo tienen sin la menor duda un derecho que no perecerá jamas, por que está fuera del dominio de las opiniones y traspasa con mucho los límites del tiempo. ¿Cuál? el derecho mismo de la verdad. Nada importa pues, ó castas esposas de Jesucristo, que el mundo donde vivís deje caer sobre los muros de vuestro retiro sus despreciativas é indiferentes miradas; nada importa que de continuo suscite mil dudas sobre el rango elevadísimo de estas instituciones venerables y santas, y que nos vuelva una sonrisa irónica y maligna cuando, llamando los institutos monásticos á la gran cuestion de su influjo en la historia de la civilizacion, en el estado de las costumbres y en el porvenir de la sociedad, tratamos de probar su incontestable primacia entre las causas impulsivas de la esperanza y de la ventura de todo el género humano.

Vosotras, hermanas mías, estáis en el mundo, como Jesucristo estuvo; abogáis por el mundo, para que el mundo se salve, como Jesucristo pidió desde la cruz por sus mismos enemigos; y sin embargo, el mundo no os conoce, y por lo mismo, ya os persigue con su contradiccion, ya os insulta con su desprecio, ya os compadece con su carnalidad, ya os olvida con su indiferencia. ¿Qué importa! El juicio definitivo y severo del mundo aplazado está por la Sabiduría eterna para ese dia no mui lejano en que han de resonar por todos los espacios con el eco de una melancólica desesperacion estas palabras notables: *Insensatos de nosotros, que mirábamos como una especie de locura la vida de estas almas, y las veíamos descender al sepulcro sin gloria: mas he aquí cómo sus nombres han sido*

*inscritos en el registro eterno de la familia escogida, de los hijos de Dios, y cómo sus tronos se han incorporado ya en la ilustre y excelsa categoría de los santos.*<sup>1</sup>

¿Qué importan, vuelvo á decir, estas falsas opiniones del siglo, cuando yo, ministro del Altísimo, tengo á mi favor las luces de la fe y sostengo los derechos imprescriptibles de la verdad? En efecto, vosotras, hermanas mías, formáis parte de esa familia selecta esparcida por los retiros de un mundo cuya pasmosa ingratitud é inconcebible ceguera no han sido parte á detenerla en su gloriosa carrera de penitencia, de expiación y de esperanza. Tócame pues predicar *oportuna é importunamente*, como dice S. Pablo, es decir, predicar á los que siempre desean, reciben y aprovechan las verdades evangélicas, y á los que huyen, ó se desentienden, ó se mofan de la doctrina, de los desengaños y del ejemplo.

Cómo explicar, señores, esta ceguera, esta contradicción perdurable del mundo? ¿Por qué incomprensible causa se rebela contra la mano que le salva, después de haber escondido el rostro al esplendor que le ilustra? Porque en el mundo no hai mas, dice el Apóstol San Juan, que „concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida,”<sup>2</sup> es decir, ¡triste pero infalible verdad! que en el mundo no hai sino elementos de muerte. Es el mundo un enfermo crónico y antiguo, condenado á acariciar perpetuamente su dolor; es un ser inconstante que boga sin cesar entre las ilusiones y los desengaños, que vive siempre alegre al lado de sus verdugos, siempre desasosegado y melancólico en medio de sus libertadores: semejante es el mundo á un grupo de miserables y dementes que, colocados en el fondo de un incen-

(1) Sap. cap. V, v. 4.—(2) 1 Ep. cap. 11, v. 16.

dio del cual no se aperciben, se irritan hasta el furor contra el genio de la caridad que lucha por salvarlos de la muerte.

El sacrificio Señores, la expiación, la penitencia y la mortificación de los sentidos vinieron á ser una lei para la humanidad desde que la culpa manchó su celestial origen. Pues bien, la concupiscencia de la carne, es una protesta viva del mundo contra la lei del sacrificio y la vida de la cruz.

¿Queréis saber, Señores, cuál es el peor síntoma que puede presentar la sociedad tratándose de su situación y de sus esperanzas? Esa indiferencia profunda sobre los caracteres y los derechos de la verdad, esa ligereza con que pasa por todos los objetos que pueden interesar á la moral, ese no interrumpido afán por las impresiones fugaces y nuevas, que encadenándola hácia los frágiles objetos, la precipita insensiblemente en una corriente encantada que la arrastra por último al abismo. He aquí lo que hacia prorumpir al Profeta de los dolores en amargas quejas sobre la suerte de Jerusalem; he aquí por qué todo lo vió perdido, desde que, pasando la vista por la reina de las ciudades, no halló entre sus habitantes ni uno solo que entrara en sí mismo, ni uno solo que se ocupara en el estudio de la verdad, ni uno solo que llamara su entendimiento y su corazón á las profundas meditaciones de la lei. *Nullus est qui recogitet corde.*<sup>1</sup> Tal es el segundo carácter del mundo, ese espíritu inquieto, fugaz y vano, ese espíritu de curiosidad tan profundamente descubierto por el espíritu de Dios bajo el nombre de concupiscencia de los ojos, *concupiscentia oculorum.*

¡Que mucho, Señores, que el mundo siempre undido

(1) Jerem. XII, 11.

en el fango de la carnalidad, siempre retraído de las vías del espíritu, siempre adicto á las novedades, á las impresiones pasajeras, siempre curioso y nunca prudente, haya pretendido regirlo todo por sus máximas, avasallarlo todo á su dominio, sin reconocer mas luz que su razon, mas moral que su interes, ni otra felicidad que sus infames deleites! He aquí el tercer carácter del mundo, *la soberbia de la vida.*

Pues bien, la concupiscencia de los ojos acaba con la luz de la verdad, y sin verdad no hai vida racional; la concupiscencia de la carne acaba con la virtud, y sin virtud no hai vida moral; el orgullo de la vida acaba con la esperanza del remedio, y sin esta esperanza no hai porvenir para la felicidad. He aquí porqué el mundo acabaria, no lo dudéis, aun filosóficamente hablando, si no tuviera en su casa, digámoslo así, aunque bajo el carácter de rivales, enemigos, ó seres indiferentes y despreciables, quienes conservasen aun, apesar suyo, los elementos de vida intelectual y moral, los recursos de la esperanza para un porvenir de felicidad.

A medida que en el mundo se desenvuelven y propagan con mayor celeridad la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida, crece mas y mas, aun para la misma sociedad, el interes, la importancia de estos antiguos reservatorios de verdad, de virtud y de abnegacion, que subsisten sin duda todavía, porque aun no es llegada la hora de que el mundo perezca.

Yo considero al mundo, cuando proclamo la excelencia de la vida monástica para el mismo, no como un tribunal que falle en esta grave cuestion, ménos como un objeto que reporte los bienes de la virtud miéntras persista en esa tri-

ple concupiscencia que le gangrena, ciega y precipita: no, bajo el primer aspecto el mundo está declarado inepto, pues nada puede para la verdad un ser miserable, sentado en las tinieblas, á las sombras de la muerte; bajo el segundo, el mundo está ya juzgado, sentenciado y reprobado. No: yo considero al mundo como una materia bruta, indócil y rebelde, bajo la mano diestra del artista, como una sementera donde crecen juntos la zizaña y el trigo, como un inmenso campo de labor para la acción infatigable del ministerio católico. En este sentido hablo, y hablo con autoridad y esperanza, de la vida religiosa en presencia del mundo.

De ese fondo comun, de esa multitud innumerable donde se revuelven confundidos todos los errores, todas las pasiones y todos los crímenes, saca de tiempo en tiempo el brazo del ministerio cristiano con la red inmensa de su predicacion á una multitud de miserables, á quienes convierte luego en preciosas margaritas que adornan el triunfo de la religion, en zelosos hijos de la Iglesia, en adoradores fieles en espíritu y en verdad. He aquí la razon porqué el mundo nos ocupa sin cesar á los ministros de la palabra de Dios. El mundo está ciego, pero es capaz de recibir alguna luz; el mundo es carnal, pero es accesible tambien, por lo ménos en parte, á las ilustraciones del espíritu; el mundo es orgulloso y soberbio, pero de su seno han salido á veces penitentes insignes que han ilustrado con su vida los fastos de la humildad cristiana. Pues bien, hermanos míos, si los intereses de la sociedad son inseparables de la verdad y del bien, nada mas importante para ella, que un órden de instituciones donde solo se trata de perfeccionar el espíritu y santificar el corazon. Llamando pues á mi asunto este ór-